

“La pluma mágica”

(Historia de Madre Alberta)

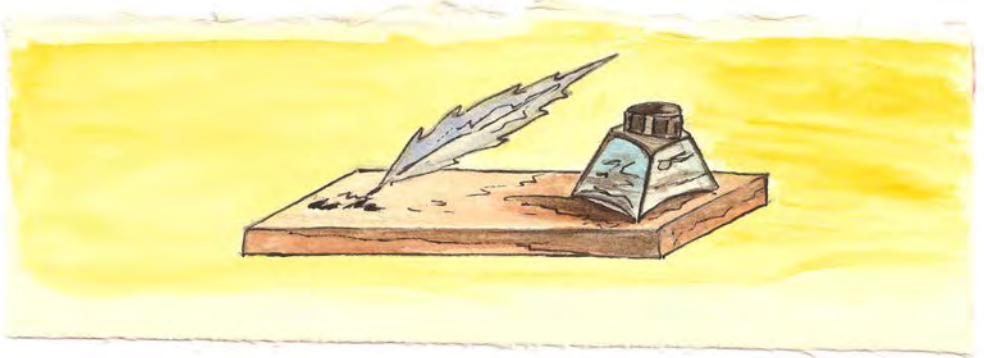
Autora: Raquel Martínez García

Diseño: Carmen Milagros Hernández Bencomo

“La pluma mágica”

(Historia de Madre Alberta)

Érase una vez... Así comienzan todos los cuentos, pero lo que te voy a contar no es un cuento, fruto de la imaginación y de la fantasía. Lo mío es una historia, “algo” que sucedió de verdad.



¿Sabes quién soy? Voy a presentarme: ¡Soy... una pluma!
¿Que no sabes lo que es? ¡Ah, claro, tú eres muy joven y esto ya no se usa!

Antes, todos escribían con plumas; los bolígrafos todavía no se habían inventado. La pluma tenía una punta biselada muy fina, se mojaba en el tintero y se utilizaba para grandes y extensos escritos.

En las escuelas, los niños metían sus plumas en los tinteros de porcelana blanca embutidos en los pupitres; en las casas, en los tinteros involucables que las mamás compraban para prevenir desastres.

Bueno, pues ahora que ya sabes quién soy, te voy a contar por qué soy mágica...

No he sido una pluma normal y corriente, sino la compañera inseparable de una gran mujer; el instrumento que tuvo en sus manos y que tanto supo de la suavidad y delicadeza de cada letra que escribía.

Me encontraba en el escaparate de una vieja librería de la ciudad de Palma cuando, de repente, al sonar las campanillas de la puerta, di un respingo y me fijé en un alto y fuerte caballero, vestido de militar, que entraba y le decía al dependiente:

- Buenas tardes, buscaba una pluma para mi hija. Le gusta mucho escribir y creo que será un magnífico regalo...



Así llegué a Pollensa, un pueblecito de la Isla de Mallorca, un 6 de agosto de 1845. Albertita cumplía ocho años. Era una niña alegre, sencilla, ordenada y que empezaba a ser muy responsable en sus estudios. Le encantaba escribir y, ya desde entonces, decía que de mayor quería ser maestra.

- ¡Mamá, mamá, mira qué letras más bonitas he copiado del cuento que me regaló Saturnino!
- ¡Papá hoy he escrito una poesía sobre el cielo! No sé qué tiene ese cielo que cada vez que lo miro me gusta más: las nubes, el sol, las estrellas...

Don Alberto Giménez, valiente militar aragonés, y Doña Apolonia Adrover eran sus padres, y Saturnino su único hermano, dos años más pequeño que Alberta.

Era una familia trabajadora y responsable; como en todas las casas, había días alegres, días de preocupaciones y días de fiesta.

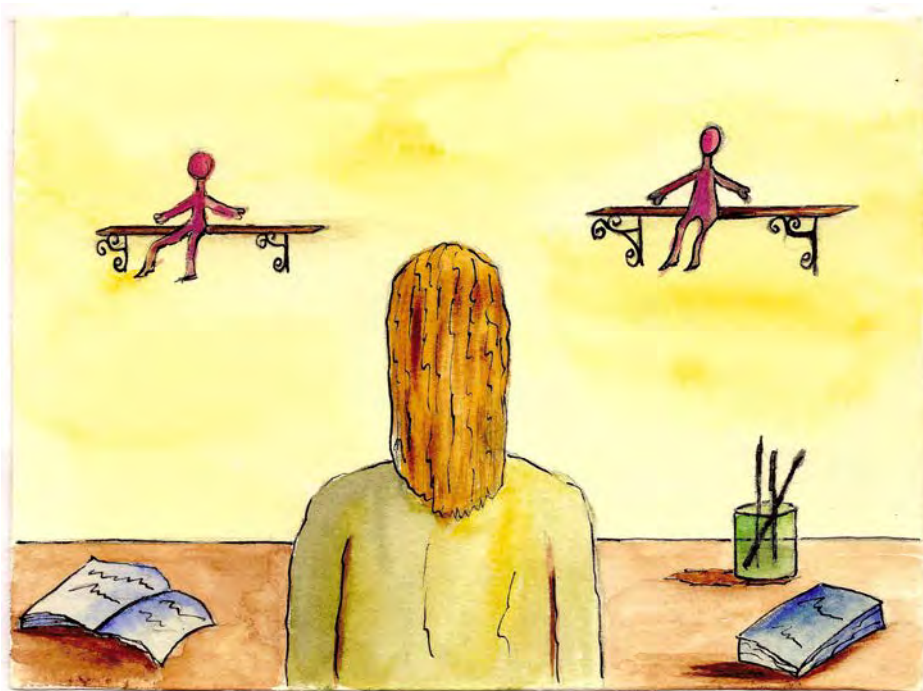
A don Alberto, como era teniente militar, lo destinaban a menudo. Por eso tuvimos que vivir en diferentes pueblos y ciudades: Palma, Menorca, Barcelona... y, por fin, otra vez Palma. ¡Yo siempre iba en el bolsillo de Albertita! Ella escribía y escribía... ¡Disfrutaba tanto poniendo palabras a todos sus sentimientos y experiencias!



Un día sus padres decidieron ponerle un profesor particular: Don Francisco Civera. Con él se sentaba, muy formal, a aprender, a estudiar...

Por la tarde, Albertita jugaba a ser la maestra y repetía a sus muñecos todo lo que había aprendido. Y yo, su pluma, seguía paso a paso todo lo que iba descubriendo.

- ¡Mallorca es una isla y está rodeada de agua por todas partes! ¡Qué grande y qué bonito es el mar...! ¿Cómo será de grande y de bueno el Padre Dios que lo ha creado?
- Si mamá me quiere tanto, ¿cuánto me querrá la Virgen que es mi Madre del Cielo?
- ¡Cómo me gusta tener amigos, pero Tú, Jesús, serás siempre mi mejor Amigo!



Yo era la portadora de tan hermosos sentimientos, la encargada de llevarlos al papel. Lo guardo como un gran tesoro para podértelo contar y que tú también conozcas la historia de esta maravillosa niña que con tanto cariño me cuidaba.

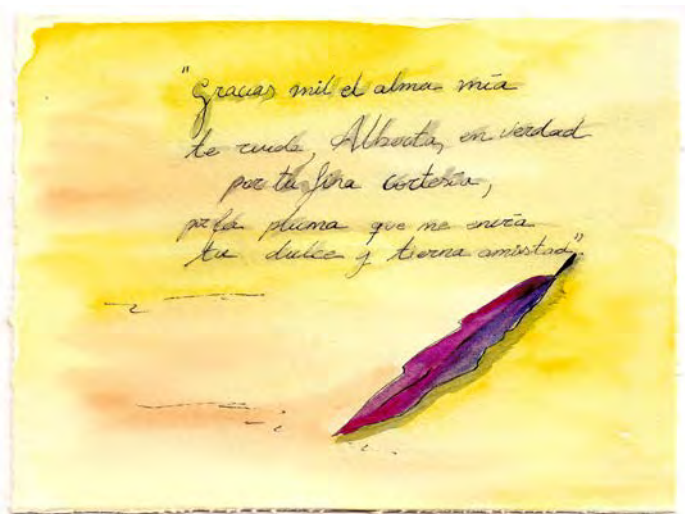
El tiempo iba pasando y Albertita dejaba de ser una niña para convertirse en una linda mujer.

Un día muy especial, intenté averiguar qué le ocurría a Alberta. Irradiaba belleza y felicidad. Se le notaba muy pensativa, y entre suspiro y suspiro, parecía que quería escribir algo muy importante. Ponía tanto interés y no acababa de decidirse... ¡Era el cumpleaños de Francisco! y Alberta quería regalarle algo muy especial...



- ¡Ya sé, una pluma como la mía! A Francisco también le gusta mucho escribir y así podremos escribirnos...

Francisco emocionado, agradecido y ya enamorado de Alberta, le contestó escribiendo una poesía con su nueva pluma:



*"Gracias
mil el alma
mía
te rinde,
Alberta, en
verdad,
por tu fina
cortesía,
por la pluma
que me envía
tu dulce y
tierna amistad".*

¡Francisco y Alberta, Alberta y Francisco! era el principio de lo que sería el hogar "Civera – Giménez".

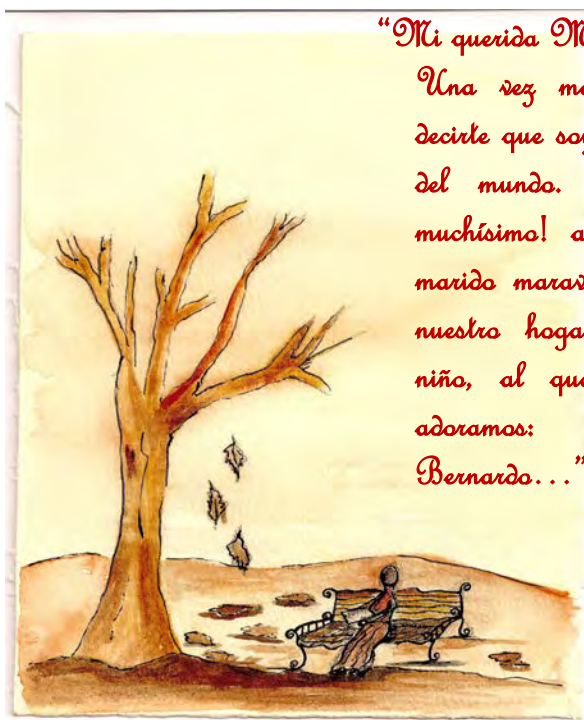


Lo recuerdo muy bien. Era un precioso día de primavera de 1860, cuando las campanas de San Nicolás de Palma, anunciaban la boda de Francisco y Alberta.

¡Cómo describir esos años de felicidad de los que fui testigo en esa familia...!

Francisco dirigía un colegio y Alberta le ayudaba con las niñas. Además, dos buenos maestros a los que les interesaba muchísimo la educación y la formación de los niños y los jóvenes.

Una tarde de otoño, mientras Francisco leía el periódico, Alberta me cogió en sus manos y con una dulzura enorme reflejada en su cara y un corazón rebosante de alegría, empezó a escribir a una amiga que tenía en Barcelona... Recuerdo que en su carta decía:



“Mi querida Montserrat:

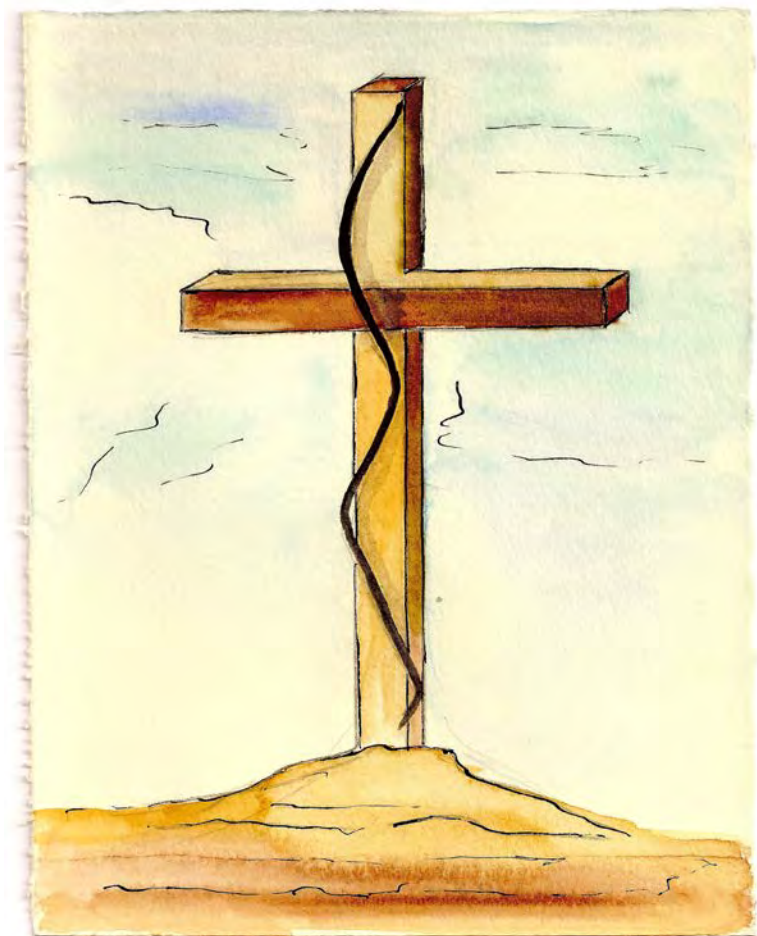
Una vez más te escribo para decirte que soy la mujer más feliz del mundo. ¡Dios me quiere muchísimo! además de tener un marido maravilloso, ha bendecido nuestro hogar con un precioso niño, al que Francisco y yo adoramos: nuestro pequeño Bernardo...”

Pero el chiquitín se fue pronto al cielo, y tras él vinieron Catalina, Bernardito –que murieron también- y el pequeño Alberto. Unos años más tarde, mientras me encontraba en el escritorio de Doña Alberta, otra pluma estaba junto a mí. ¿Recuerdas aquella que con tanto amor y cariño había regalado Alberta a Francisco el día de su cumpleaños? Pues ella, con la voz entrecortada y a punto de echarse a llorar me dijo:

- Hace tiempo que no me utilizan. ¿Sabes qué le pasa a Don Francisco que ya no me lleva con él?



- No tienes ni idea, querida pluma; es muy difícil descubrir el estado de ánimo de Doña Alberta. Siempre hay momentos difíciles en la vida de todos, pero es que Doña Alberta... ¡pobrecita! Primero ha visto irse a tres de sus cuatro hijos, y ahora también se ha ido Don Francisco, a ese cielo al que tanto mira la señora, siempre firme, segura y repitiendo una y otra vez: "¿Qué querrá Dios de mí?"



Ya han pasado unos años desde que dejamos a Doña Alberta pensando qué iba a ser de su futuro. Hoy ya todos la llaman “Madre Alberta” y ¿sabes por qué?

Un día de 1869, Francisco dijo adiós para siempre a Alberta y al único hijo que le quedaba; el pequeño Albertito, y se fue al Cielo. Doña Alberta rezaba a Jesús y a la Virgen para que le diesen fuerza y supiese qué tenía que hacer en su vida.

Mientras pensaba en su hijo y en sus padres tuvo una visita inesperada que cambió completamente el rumbo de su vida.

Una tarde se presentaron en su casa unos señores importantes que venían a hablar con ella de parte del Obispo de Mallorca.

- Doña Alberta, todos en Mallorca sabemos que es usted una extraordinaria maestra, hasta el Señor Obispo se ha enterado y nos envía a decirle si quiere hacerse cargo de un colegio que él tiene y que en estos momentos no se encuentra en muy buenas condiciones.

Alberta se quedó un poco desconcertada y pensó:

- ¡Dios mío!, ¿es esta tu voluntad?

Después les contestó:

- Tengo un hijo pequeño y unos padres que se están haciendo mayores, a los que atender. Díganle, por

favor, al Señor Obispo, que me conceda unos días para pensarlo.



Una vez más mientras Doña Alberta rezaba y hablaba con Jesús, también escribía. En este momento, con un cariño y una delicadeza infinitos, cogió la pluma de Francisco, (yo lo estaba observando todo y me alegraba por esa pequeña pluma que llevaba mucho tiempo triste). La miró con dulzura y por su mente pasaron tantos y tantos recuerdos bonitos, que sin casi darse cuenta sus ojos se llenaron de lágrimas.



Con la pluma entre sus dedos y una hoja de papel sobre el escritorio, empezó

a poner, primero letras, luego palabras y frases, a todos esos sentimientos que inundaban su corazón.



*“Jesús, mi
Jesús, ¿qué quieres que
haga? Tú sabes cuánto
me ha gustado siempre
mirar al Cielo,
a ese Cielo que ahora tiene las
estrellas más brillantes con unos
nombres concretos: Francisco,
Bernardo, Catalina, Bernardito.
Cuatro trozos de mi corazón que
ya brillan junto a Ti.*

*Ahora ¿Qué tengo que hacer?... Sólo quiero lo
que Tú quieras, cumplir tu voluntad en todo y siempre” .*

Doña Alberta vio que la voluntad de Dios era sacar adelante uno de los mejores colegios de Palma que, en esos momentos, se hundía.

Pidió a su hermano Saturnino que cuidase de sus padres y Albertito fue al colegio de los Jesuitas donde estudiaría, jugaría y, día a día, iría haciendo muchos amigos.



El 23 de abril de 1870 Alberta entraba por primera vez en el Colegio de la Pureza. Un caserón antiguo que necesitaba la fortaleza, la voluntad y el empuje que ella poseía.

¡Señor! Cuando yo vi ese colegio que decían era uno de los mejores de Palma, pensé: ¿Va a meterse ahí mi señora? Las maestras que quedan ya no pueden enseñar, son muy pocas y mayores; no hay orden ni disciplina, el colegio está ruinoso...



Mientras yo pensaba esto, Alberta tiraba de mí queriendo escribir algo completamente distinto a mis pensamientos. Era una pequeña nota a sus padres dándoles noticias de lo que había encontrado:



- “El colegio está bastante mal y, sin embargo, siento que las niñas me necesitan. Ya sabéis que no hay colegios donde puedan formarse y educarse las mujeres... Con un poco de paciencia y la ayuda de Dios iremos saliendo adelante...”

No resultó nada fácil poner todo aquello en orden, pero Doña Alberta, a la que ya todos empezaban a llamar Madre Alberta, sabía lo que era educar y lo que era trabajar.

Empezó a organizar horarios y clases; compró escobas, cubos, palas, pintura... Lo mismo daba clase de historia o matemáticas, que limpiaba o pintaba armarios y paredes.



Aquellas pocas alumnas que quedaban en el colegio decían:

- Llegó con esa sencillez, dulzura y cariño para todas y, casi sin darnos cuenta, nos pusimos en sus manos. ¡Era para cada una como una madre!



¡Y yo... cómo trabajaba! Siempre estaba entre sus manos. ¿Quién me iba a decir que también serviría para enseñar a tanta "gente menuda"?

Cuando llegaba la noche, después de una inmensa jornada de trabajo, se sentaba en el escritorio de su habitación y escribía... ¡siempre escribía! A su familia, a sus amigos, a las familias de sus alumnas... o escribía en su diario contando sus cosas a Jesús. ¡Era tan bonito ser la pluma que escribía sus pensamientos! Entre alegrías y penas, satisfacciones y preocupaciones... siempre su confianza y su amor a Jesús y a la Virgen.

Más de una vez pensé: ¿por qué no se irá ya a dormir? ¡No puede aguantar tanto!

¡Era inagotable! Nunca pensaba en ella, siempre eran más importantes los demás.

Poco a poco, el colegio iba, de nuevo, llenándose de alumnas y su fama crecía en Mallorca y en otros lugares del mundo. Tal es así, que una vez las niñas presentaron un bordado en una exposición de Chicago y ganaron el primer premio

¡La Pureza volvía a ver la luz y Madre Alberta se sentía feliz y satisfecha porque sabía que esa era la voluntad de Dios! Las alumnas se iban haciendo mayores y tenían que dejar el colegio... Algunas de ellas decidieron estudiar para ser maestras como "la Madre" y quedarse con ella para ayudarla. Formarían un grupo donde la educación a las niñas, el amor a Jesús y a la Virgen, y el vivir como una familia, fuese lo que las uniera.

Madre Alberta, después de rezar mucho, escribió al Obispo pidiéndole permiso para que este grupo de maestras que

trabajaban juntas pudiese vivir como comunidad religiosa, como Hermanas de la Pureza de María.

En 1892 llegó el permiso del Obispo y así nació la "Congregación de Religiosas Pureza de María".



Las hermanas, junto con Madre Alberta, querían mucho al colegio y a cada una de las niñas. Deseaban que se encontrasen como en su casa. Aprendían y jugaban; todo era disfrutar.

Yo, en ese tiempo también tuve mucho trabajo porque Madre Alberta dedicaba ratos de su tiempo libre para escribir pequeñas y simpáticas obras de teatro para que luego las representasen las alumnas.



Para descansar y cambiar de aires, la Madre y las hermanas llevaban a las niñas de excursión y convivencia a un pueblo llamado Valldemossa, a una casita que tenían en el campo, rodeada de preciosos almendros y muy cerquita del mar.

Una noche, como tantas después de un agotador día de trabajo, Madre Alberta se sentó en su escritorio; de nuevo me cogió entre sus manos y, con bastantes dudas en sus pensamientos y poniendo todas sus inquietudes en Jesús, empezó a escribir:

“¡Señor, ayúdame!, enséñame a unir el cielo con la tierra y hacer de la tierra el cielo.

La semilla está echada, la Pureza que Tú querías empieza a estar segura en Palma; los padres están contentos, las niñas son felices, el número de hermanas aumenta... ¿Me pides, ahora, que esa semilla se esparza en otros campos, en otras tierras?”

¡Qué mujer, era inagotable! En aquellos tiempos no había aviones para viajar con la facilidad con que lo hacéis hoy, y estábamos en una isla...



Nada le importaba. Veía claro, porque era voluntad de Dios, que la Pureza tenía que crecer, y junto con algunas hermanas comenzaron los nuevos colegios de la Pureza: Primero en Mallorca; luego cogieron el barco y se fueron a Valencia, Tenerife...

Unos años más tarde, un nuevo dolor en la vida de la Madre: ¡su hijo Alberto!

Alberto ya hacía unos años que se había casado. Vivía en Zaragoza con su mujer y sus hijos, cuando Dios decidió llevárselo al Cielo.

Madre Alberta, muy triste, fue a Zaragoza para acompañar a la mujer de su hijo y a sus nietos.

Después de pasar unos días con su familia, pensó llevarse a su nieta Pilar a Mallorca, al Colegio de la Pureza, donde estudiaría, se formaría y estaría muy bien cuidada.



¡Qué feliz fue la niña en el Colegio de su querida abuelita!



Así transcurrieron cincuenta años; la pluma de Francisco y yo seguíamos siendo algo importantísimo en el trabajo diario de Madre Alberta.

Todo el Colegio y Mallorca entera se prepararon para celebrar las Bodas de Oro de la Llegada de la Madre a la Pureza. Fueron unos días fantásticos en los que todos agradecieron y valoraron la labor de la Madre en la dedicación completa a la educación de niñas y jóvenes.

Unos años después, una cálida tarde de verano en Valldemossa, donde solía ir a descansar con las religiosas y con las niñas, empecé a notar cómo su mano, ya no tan firme y segura, se aferraba fuertemente a mí. De pronto me soltó y cogió la pluma de Francisco para seguir escribiendo, pero su mano seguía temblando y no sabía muy bien donde colocar las letras.

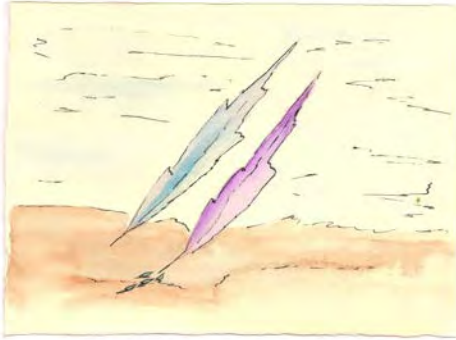


La pluma de Francisco, un poco desorientada y preocupada, me preguntó:

- ¿Qué le está pasando, por qué su mano tiembla?

Noté cómo toda la tinta que quedaba en mí se estremecía y cómo mis ojos se humedecían mientras intentaba decir:

- Mi querida amiga, ¡Madre Alberta se está quedando ciega! Además de su familia, ha levantado un Colegio, ha fundado una Congregación, se ha hecho cargo de la Escuela de Magisterio de Palma; las clases, los viajes, los problemas y preocupaciones, las noches sin dormir... y los años transcurridos... Lo cierto es que su salud de hierro se empieza a quebrar. Ya ha dejado el cargo de Superiora General y se esfuerza por seguir en todo el ritmo de vida de la comunidad.

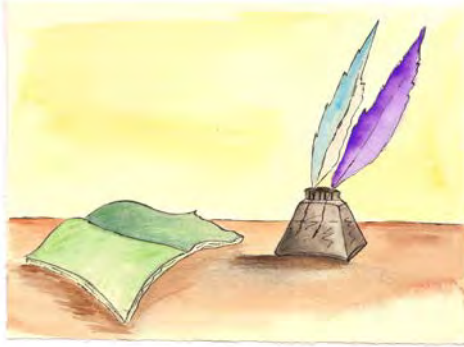


“¡Dios, mi fin!”, son palabras de ella, y creo que cada vez está más cerca de la meta.

¿Sabes? Me parece que nosotras también nos

hemos ganado un trocito del Cielo, y no por lo que hemos hecho -¿qué mérito pueden tener dos simples y sencillas plumas?-.; nos lo hemos ganado por estar siempre con ella. Hemos vivido a su lado y... ¡hemos sido tan felices!

Iban pasando los días, los meses... las dos plumas seguíamos en el escritorio de Madre Alberta, pero ya no nos usaba. De vez en cuando nos cogía entre sus manos con infinita ternura y nos decía:



- Vosotras, mis fieles compañeras, también sois una parte importante de mi vida... ¡tantos años juntas, tanto trabajo, tantos recuerdos...!



¿Cómo fueron los últimos momentos de la vida de Madre Alberta?

Nosotras no estábamos allí, seguíamos en su escritorio. Yo sabía que algo no iba muy bien... Intentaba recordar que soy mágica y quise acercarme y saber por qué me sentía tan nerviosa e intranquila.

Madre Alberta, sentadita en un sillón mientras pasaba, una tras otra, las cuentas de su rosario, se fue quedando poco a poco dormida. De pronto noté cómo las nubes del cielo empezaban a

descender y la tocaban con la suavidad de su algodón. Se le llenó la cara de una inmensa paz y alegría; los pájaros comenzaron a cantar y las nubes a subir y subir hasta no quedar ni rastro de ellas; el sol brillaba con más fuerza que nunca, las hojas de los árboles ni se movían y, por unos instantes, la quietud inundó la ciudad de Palma hasta tal punto que la gente se preguntaba:

- ¿Qué pasa?

Madre Alberta había llegado al Cielo. Era un 21 de diciembre de 1922.

Cuando me di cuenta de lo que estaba pasando, yo seguía en el escritorio junto a la pluma de Francisco que tantos años llevaba conmigo. Las dos notábamos cómo nuestras puntas ya no estaban tan finas y los tinteros estaban cansados y viejos...

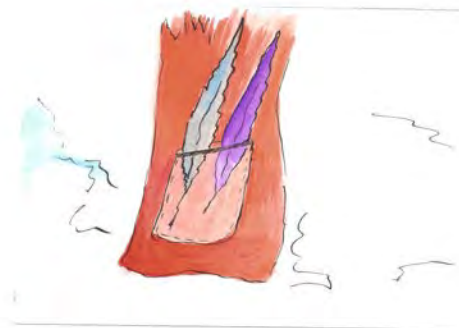
- ¿Qué sucede?, preguntó la pluma de Francisco.



Yo no podía decir nada. Mis lágrimas recorrían todo mi cuerpo de pluma gastada y triste. Llevaba mucho tiempo a su lado y había comprendido el silencio que reinaba en toda la ciudad de Palma.

Pasados unos días, mientras seguíamos en esa vieja habitación en la que nadie había entrado desde la muerte de Madre Alberta, de pronto alguien me tomó con cariño y me dijo:

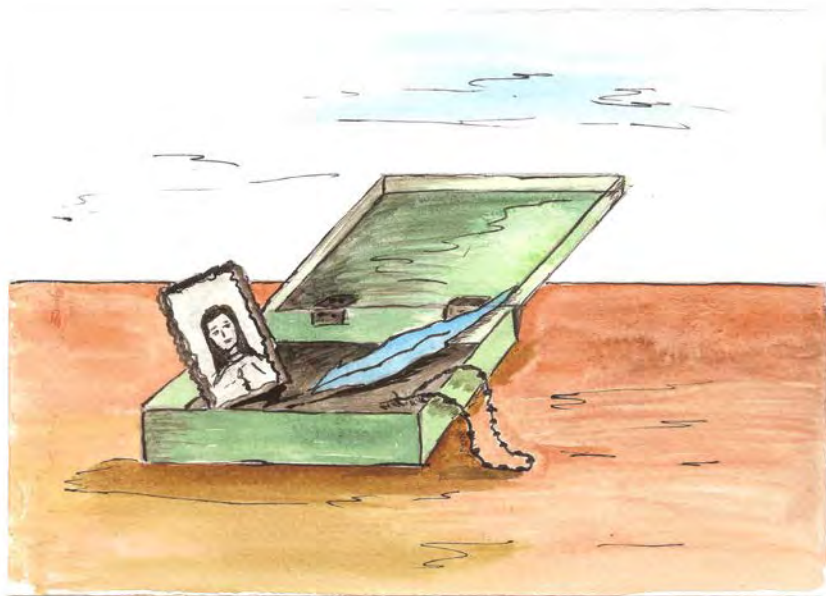
- ¡Venid conmigo!
A partir de hoy estaréis las dos en mi bolsillo, donde pueda utilizaros y sentir que fuisteis una parte importante en la vida de mis abuelitos.



¡Era Pilar, su nieta Pilar! Quería llevarnos con ella a Zaragoza y, aunque viejas y gastadas, íbamos a dar comienzo a otra nueva historia. Bueno, a otra nueva no, sino a la continuación de aquella magnífica obra que comenzó Madre Alberta y que ahora, desde el Cielo, seguía cuidando.

Una noche, cuando Pilar iba a acostarse, cogió la cajita en la que guardaba todos los recuerdos maravillosos que tenía de aquellos años que pasó en el Colegio de la Pureza junto a su abuela... ¡y entre ellos estaba yo, la pluma mágica! Me

cogió entre sus manos y, tan vieja y gastada como me sentía, noté que de mi interior salía una fuerza especial...



Esto ya no sé si es una historia verdadera o simplemente un sueño que, entre las manos de Pilar, me parecía realidad...

De pronto empecé a notar cómo la tinta, casi seca del todo por el paso de los años, salía por mi punta, se acercaba a la ventana y, envuelta en un mar de nubes, sin lograr ver con claridad dónde estaba y qué había a mi alrededor, volaba y volaba...

Poco a poco fui descubriendo un cielo repleto de estrellas de colores, y en él un Niño que, acercándose, me preguntó:



- ¿Dónde vas?
- ¡No sé! Llevo un rato dando vueltas en el aire y creo que estoy perdida... ¿Quién eres?
- Unas veces soy Pastor, otras Sembrador... Hoy soy un Niño que busca estrellas... ¿Sabes? Hace años, aquí, encima de esta Isla tan bella, puse una estrella que brilló en el corazón de una mujer que supo hacer de la tierra el cielo.

Gracias a esa estrella empezaron a surgir las primeras lucecitas que, aunque todavía eran pequeñas, iban a iluminar España: Mallorca, Valencia, Tenerife, Barcelona, Madrid, Bilbao y Granada; también Italia. Y cruzaron el mar: América...

Llegar a África recordó que la Pureza era una estrella valiosa y cara, pero estaba sostenida por mucho amor y una gran esperanza.

- ¿La Pureza dices? ¿Me estás hablando de Albertita, de Doña Alberta, de Madre Alberta... de mi Señora?

Esta tinta que andaba dispersa por no sabía dónde, esta tinta casi seca del todo, empezó a sentir cómo toda ella se unía y se llenaba de chispitas de sorpresa, de gozo y de felicidad.

Por unos instantes guardé silencio, no sabía exactamente ni qué pensaba, ni qué sentía... Miraba al Niño, ¡era tan pequeño y parecía tan grande!

- ¿Quién eres? Le pregunté de nuevo.

De pronto, ante mí, apareció una gran estrella. Era cálida, acogedora, maternal... En el fondo, sentía como si no me fuese desconocida, como si desde siempre hubiese estado a mi lado. No iba sola; le acompañaban otras tres estrellas:

una roja,
una blanca y
una verde.



El Niño, al ver mi cara de sorpresa, se acercó suavemente y me dijo:

- Siempre están con ella: son la Fe, la Esperanza y el Amor; los pilares de su vida.

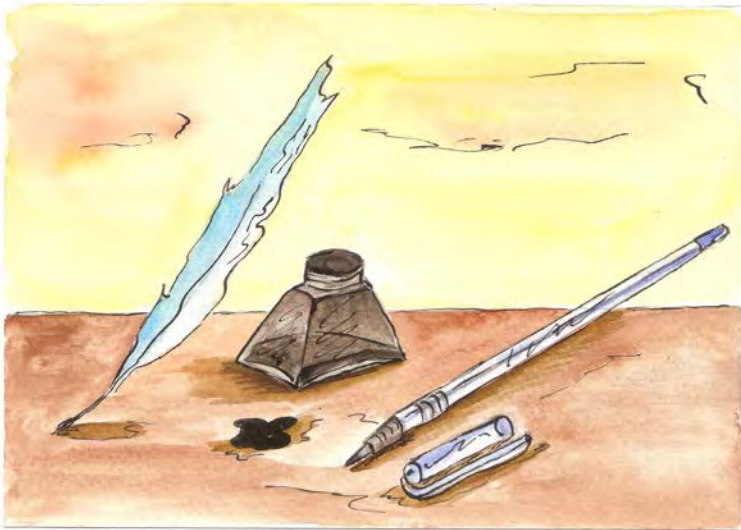
Cuando la gran estrella se acercó para rozarme con su luz... ¡Lo supe, la reconocí! Era ella... ¡Madre Alberta!

De nuevo, miré al Niño e insistí:

- ¿Quién eres?
- Alguien a quien Madre Alberta conoció muy bien, aprendiendo que de Mí lo podía esperar todo.
- Ya... ¡Dios! ¡Su fin! Siempre lo decía...

Seguía contemplando el cielo, perdida la mirada en su inmensidad, cuando advertí que algunas estrellas empezaban a desaparecer... De pronto, me vi de nuevo entre las manos de Pilar. Pero... ¿todo había sido un sueño? ¿También las plumas soñamos? ¡No lo sé! Lo que sí es cierto es que Alguien, con mayúscula, se había cruzado en mi vida de pluma vieja y gastada. Estuve junto a Él, junto a Jesús Niño; me habló y no supe conocerle.

Todo había pasado, y sin embargo... ¡yo era distinta! y el tintero, que siempre iba conmigo... ¡estaba vacío! ¿Dónde estaba la tinta?



Se había convertido en miles y miles de chispitas de tinta que iban repartiéndose, primero en las plumas, después -cuando dejaron de usarse- en los bolígrafos de cada uno de los niños y niñas que iban pasando por los Colegios de la Pureza e iban conociendo a Madre Alberta.

Hoy, muchos años después, nadie me ve; pero yo sigo estando ahí para hacerte descubrir una de las historias más bonitas: "La historia de Madre Alberta", y para pedirte que cada noche, cuando te vayas a dormir, pienses en la "chispita de tinta" de tu bolígrafo que te está pidiendo que mires al Cielo y les digas a Jesús y a la Virgen: "¿Cómo no he de estar contento, si estoy en el pequeño cielo de la Pureza?"

¡Gracias por mi colegio! ¡Gracias por Madre Alberta!

